

Espasa-Bolsillo ha puesto en las librerías dos obras prácticamente inencontrables de Antonio Pereira: *País de los Losadas* y *Cuentos del Medio Siglo*. Casi al mismo tiempo de concesión del título de *Doctor honoris causa* por la Universidad de León. Dos excelentes motivos para hablar, algo tan fácil con el escritor villafranquino, conversador de riqueza extraordinaria y mágico fabulador de historias tan próximas. La oralidad acerca a las personas.

Páginas 4 y 5

UN DOCTORADO, DOS REEDICIONES

ROBERTO

ANTONIO PEREIRA

El Bernesga discurre casi a nuestros pies, entre el bosque de los jardines de Papalaguinda y la línea de un horizonte marcado por el gris nítido de unos cirros que resaltan en el azul de un cielo otoñal, propenso a la nostalgia. Pero el habitáculo de Antonio Pereira no admite concesiones a la tristeza. Hay mucho de que hablar, mucho de lo que disfrutar y, sobre todo, muchísimo que recordar. Aún hay sol sobre las bardas.

«He publicado dos docenas de libros, pero siempre he tenido ese sentimiento de emoción en el momento del estreno»

NICOLÁS MIÑAMBRES

-¿Cómo recuerdas tu primera salida editorial?

-Hace treinta y cinco años, por primera vez, vi un libro que llevaba mi nombre en la cubierta. Era un libro de apariencia modesta; pertenecía a esa austera colección Adonais, que ya tenía mucho prestigio en la poesía. Se titulaba «El regreso», y su aparición fue para mí una experiencia inolvidable. Desde entonces he publicado dos docenas de libros, pero siempre he tenido ese sentimiento de emoción en el momento del estreno.

-La reedición simultánea de dos obras no deja de ser llamativa...

-Ciertamente, se trata de dos libros que aparecen al mismo tiempo en la misma editorial y colección. Espasa Calpe tenía interés por mi obra y se pensó que hacerlo así era una forma de subrayar ese interés. Es una edición de bolsillo que me gusta, porque es económica y sus libros son atractivos en su tipografía. Incluso los pliegos están cosidos con hilo, no pegados a riesgo de descolarse. A mí estas materialidades y noblezas del libro - objeto me interesaron siempre.

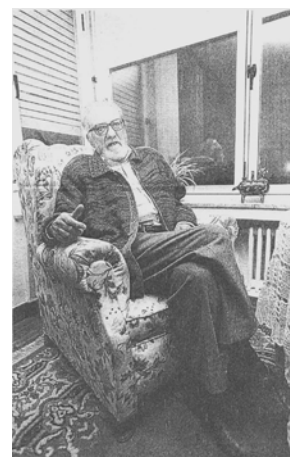
-Además de escritor, eres un fetichista del mundo artesanal del libro, no hay duda.

-He sido escritor en el sentido real de escribir en cuartillas para que las pasaran luego a la imprenta, pero no me hubiera importado quedarme en impresor, que es un oficio precioso. Yo lo conocí muy bien junto a mi tío Tomás Nieto, en la imprenta de Villafranca, cuando me sentía enamorado de aquellos tipos de letra, y de las grecas, y de las orlas que en «La Parroquial Berciana» mi tío ponía a los sonetos de Don Antonio Carvajal. Y, en cambio, a mí que era su sobrino y ahijado, no me las ponía. Y

eso me producía una decepción.

-Hablamos de un mundo de exquisiteces editoriales...

-Aquellas ediciones eran auténticas joyas, verdaderos primores. Además, mi tío el de la imprenta tenía un catálogo de una fábrica que suministraba maravillas. No era más que un catálogo de elementos inalcanzables con una economía tan modesta, pero yo ahora, que tantas cosas he olvidado, recuerdo los catálogos de la casa Richard Gans. Cada vez que paso por la calle de la Princesa en Madrid, miro para una casa que está abandonada, que era donde estaba la industria de las grecas que nunca pude alcanzar.



-Son ya lejanos aquellos recuerdos de tu Villafranca infantil, ¿no?

-Una de mis primeras vivencias es el recuerdo de la máquina de imprimir de la imprenta de mis parientes, manejada esforzadamente con los pies y con las manos por mi tío, o por mis primos. De verdadero milagro sacaban a la luz cada semana un número de La Parroquial Berciana. Recuerdo que el párroco, Don Jerónimo Probanza tenía una letra endiablada y mandaba los originales el lunes. El martes o el miércoles se le mandaban las pruebas para que corrigiera las erratas y... el sábado se entregaba ya la revista. Ese mismo día había que empezar a descomponer los moldes y devolver las letritas de plomo a su cajetín para empezar la próxima semana. Aquello era terrible, un paroxismo creativo.

-Tú has confesado que aquel mundo te hizo humilde.

-Si alguna vez he dicho eso, me desdigo solemnemente. Confesarse humilde uno mismo, es un acto de soberbia. Lo que sí creo es que aquellas limitaciones fomentaron mi disposición primeriza a escribir en periódicos y revistas sin cobrar nada... con tal de que me reprodujeran mi texto con un buen tipo de letra y una buena inicial en letra capitular elegante.

-Se nos acaba un mundo fascinante.

-Se va perdiendo en efecto este gusto que tiene algo de aristocrático. Pero yo creo que va a volver. Se está viendo una defensa del libro, pero hay que buscar libros que, además de un buen contenido, consistan en un objeto agradable, atractivo.

Nuevos tiempos y una obra en marcha

-O sea que hace falta recuperar cierto gusto por "los primores de lo vulgar".

-Hace falta educación, sin duda. Tenemos unos hijos a los que les fastidian sus padres, pero les vuelven locos sus abuelos. Aprecian no las cosas inmediatamente "anteriores" sino las más antiguas. Los padres y los profesores tienen una influencia decisiva en esta educación. Especialmente los profesores. Yo recuerdo a nuestro maestro, que encandilaba a los chicos con los libros; colocados en corro, el Quijote iba corriendo de mano en mano. El leer en voz alta es importantísimo. Yo mismo, al escribir, leo en voz alta mis textos. Es la prueba de fuego para el autor. Con ella se descubren repeticiones, caídas de ritmo, cacofonías... Todos los fallos que el lector puede detectar.

-¿Qué puedes decir de estas reediciones tuyas?

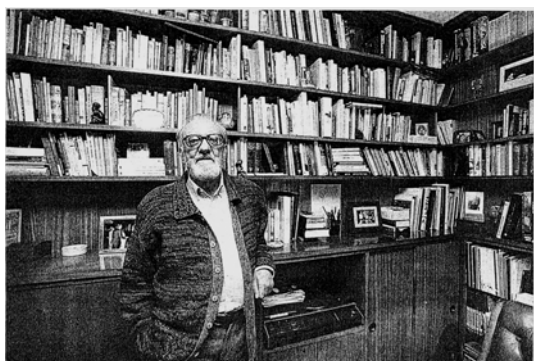
-Cuentos de medio siglo es nuevo en cuanto al título y aunque las narraciones no lo sean estrictamente, se trata de cuentos inencontrables, que no figuran en la selección personal que hice para Mario Muchnick Me gusta contar. El núcleo esencial es Una ventana a la carretera, que fue Premio "Leopoldo Alas" por los años sesenta. Se incluyen otros cuentos para completar el volumen.

-¿No has hecho modificaciones estilísticas?

-Yo, que soy incapaz de corregir las pruebas de una reedición sin meterles mano (soy incansable en la búsqueda de la perfección) la verdad es que en «Una ventana a la carretera» he pedido que no se toque ni una coma; es para mí un documento. Los cuentos no están escritos como escribo yo hoy. Son los cuentos de un narrador inocente, una voz sencilla, poco maleada por la lectura de teorías literarias. Y quién sabe si los mejores que los escritos después y que fueron bien acogidos por la crítica y por los lectores.

-¿Cómo te encuentras habiendo sido ya tema y motivo de tesis y de estudios rigurosos y profundos?

-La primera experiencia que tuve fue una vez en que cometí la imprudencia de "colarme" en una clase universitaria donde Ricardo Gullón explicaba en la pizarra uno de mis cuentos. Estuve en uno de los últimos bancos y tuve la impresión de que hablaban de alguien que no era yo y un poco antes del final me salí. Parecía que allí se hablaba de la obra de alguien a quien yo no conocía. Ricardo Gullón era un mago de la palabra. De la obra que fuera se sacaba palomas y conejos literarios, era un maestro. Prueba de ello es que todavía me visitan ex-alumnos suyos norteamericanos



que entraron por él en la pasión por la Literatura.

Pero tu obra ha sido tema de la brillante tesis doctoral de la escritora leonesa Carmen Busmayor...

-Carmen ha hecho un trabajo fundamental, insoslayable para quien quiera adentrarse en mi obra literaria. Y ahora mismo hay otros escritores y algún doctorando "examinándome" desde diferentes puntos de vista. Esto me hace ilusión, salvo si lo relaciono con la fecha de nacimiento que declara mi DNI. Y con el desgaste de mis vértebras cervicales. Me hubiera gustado vivir la experiencia hace unos años, cuando podía presumir por el mundo.

-Hablábamos antes de Mario Muchnik, autor de un reciente y sabrosísimo libro de memorias de editor, Lo peor no son los autores...

-A Mario Muchnik lo conocí con motivo del premio "Torrente Ballester" concedido por la Diputación de La Coruña a mi obra Las ciudades de Poniente. Y me pareció un editor honrado y valiente; exigente y perfeccionista. Después organizaría su editorial Del Taller de Mario Muchnik, que funciona con muy pocos elementos y que publica pocos pero muy selectos libros. Cuando tuve la selección de «Me gusta contar», se la propuse. La llevó a Italia, donde iba a pasar sus vacaciones, la leyó y a la vuelta, decidió publicarla.

-¿Cómo era aquel momento en que aparecieron los dos libros que ahora se reeditan?

-La publicación de «Una ventana a la carretera» fue el fruto de haber ganado el "Premio Alas" en Barcelona, el único premio entonces para libros de cuentos. Premio que había recibido un tal Mario Vargas, que después sería, naturalmente, Vargas Llosa. «El país de los Losadas» es una novela que apareció en 1978 en Plaza y Janés. Tuvo una buena crítica, no olvido la de Dámaso Santos, que coordinaba el suplemento literario de Pueblo, suplemento que entonces marcaba la pauta. Respecto a la novela recuerdo que Gullón me decía que en ella hurtaba información al lector.

Lo discutimos y yo me mantuve firme. Y sigo en mis trece. Los retoques de ahora fueron mínimos; un lector cualquiera no notaría diferencia entre las dos versiones. Un erudito sí que entraría en ese mundo de las variantes.

A los estudiosos les encantan estos cotejos. Lo decía el machadiano Juan de

Mairena que los clásicos han venido al mundo -algo así- para que vivan los profesores del futuro.

Se ha ocultado el sol por la línea de poniente. Llega la noche y con ella la serenidad y una clara sensación de plenitud al escuchar las palabras de Antonio Pereira. La sabiduría tiene acogida entusiasta en estas primeras sombras invernales.

De doctorados ·honoris causa y otras satisfacciones

-El doctorado honoris causa sí que supondrá para ti una emoción muy especial. ¿Cómo te sientes?

-Me gusta mucho esa honra y me gusta que vaya a solemnizarse en un acto tan protocolario. Será cosa de mi villa natal: me gustan las misas en latín, con muchos curas. Sospecho que la entonación, del «Gaudeamus igitur» me costará alguna lagrimilla el día de la investidura. La universidad es la máxima institución hospitalaria de la cultura y en este caso se trata además de la Universidad de León, que es mi ciudad. Y luego la compañía de amigos fraternales...

-¿Qué os une a los doctorados honoris causa?

-Nos une el paisanaje y el hecho de que todos somos personas que entienden la dedicación a la Literatura de una manera seria y sin alharacas.

-Supongo que tendrás ya, cuando, menos, hilvanado tu discurso para un evento tan excelso...

-No lo sé, pero de mi discurso, ¿qué te voy a decir? En mi obra literaria predomina la brevedad, que exige, como contrapartida, la intensidad. Me gustaría que mi texto de gratitud y toma de posesión fuese breve y ahorrador de lugares comunes.

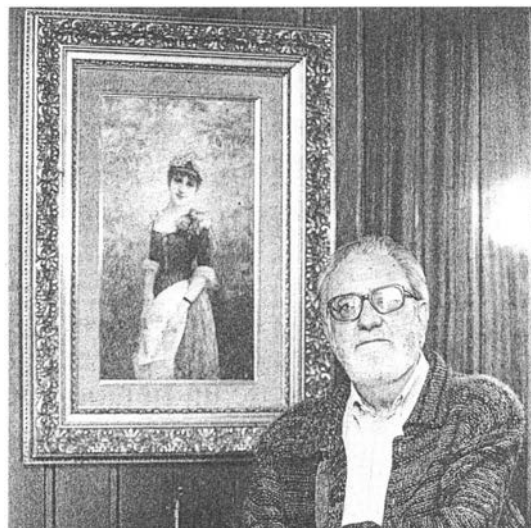
-¿Cómo era la España de entonces, de la época de Espadaña?

-Podemos pensar más bien en cómo era yo entonces. Algo se deduce de mis cuentos de «Una ventana a la carretera», por ejemplo, en el cuento «Los Cedilla». Esa imagen de un matrimonio burgués que va a examinarse, ellos dos junto, del carnet de conducir. La mujer aprueba y al Señor Cedilla lo suspenden. Ese pobre al que suspendieron soy yo, examinado en la plaza de la catedral de León. Me mandaron dar

marcha atrás y el ingeniero me paró a tiempo, si no... entro en la catedral en canónica.

-Y después te fuiste a Madrid...

-Sí, y empecé a frecuentar la tertulia del Café Gijón con Ignacio Aldecoa y Jesús Fernández Santos y otros ingenios de la Corte, pero yo no tenía silla propia. Éramos y no éramos de la misma generación. Yo era un escritor de provincias, por no decir provinciano, "diocesano" casi.



-¿Qué ha cambiado desde entonces?

-La tecnología, claro. Velocísima y avasalladora. Lo de Internet por ejemplo es menos gratificante que abrir un sobre y ver la carta que trae el cartero. Veremos por cuánto tiempo, esto del cartero.

-¿Cómo ves a los jóvenes?

-¿Los jóvenes? Estupendamente, no hay más que ver a Victoriano. Si te refieres a los que empiezan ahora, los veo bien: inconformistas, heterodoxos, iconoclastas. Así ha sido siempre y así tiene que ser.

-¿Qué pensará el Cura Lama desde el cielo, de este doctorado honoris causa?

-No sé, no sé... A Don Antonio me lo imagino liando un pitillo así de gordo y a lo mejor salía con una ironía de las suyas. Desde luego, si entonces hubiera habido Universidad en León, él hubiera sido un candidato seguro a estos doctorados honoris causa.

-¿Cuál es tu balance vital desde ese Olimpo en el que te encuentras?

-Pero... ¿de qué Olimpo me hablas, amigo Nicolás Miñambres? Es tarde y tengo que ir a poner la mesa. No creo que los dioses ayuden en la cocina.